

con la aparente muy buena razón de que es preciso presentar a los estudiantes trozos fáciles por el vocabulario y la comprensión. Inútil, o por lo menos fuera de lugar, pareceme discutir esta enfermiza preocupación de emulsionar todas las disciplinas con el propósito de hacerlas más digeribles, como si no se perdiese en fuerza interna, orgánica, lo que se alcanza en superficie, destruyendo finalmente la razón capital que en mira se tuvo cuando se allegaron esas disciplinas a las instituciones educadoras.

Me bastará, por ahora, hacer observar que procedemos de diversa suerte cuando se trata de las lenguas latina, griega o hebrea. ¿Pues acaso no regalamos a esos jóvenes con el banquete de Homero y de Platón, de Sófocles y de Aristófanes, de Jenofonte y de Tucídides, de Virgilio, de Horacio, de Livio, de César, de Cicerón, con el libro de Job y con los Salmos? ¿Les hemos escogido porque son fáciles o porque son nobles y son grandes?

Si las Humanidades se legitiman en los colegios y las universidades es por la intrínseca virtud que poseen—o que todavía les atribuimos—de ennoblecer el entendimiento humano, de enriquecer el caudal de expresión de las generaciones que se dedican a su estudio; porque ellos son elevados representantes del genio literario de la humanidad, porque ellos expresaron la cultura de su época e interpretaron los sentimientos y las ideas de sus contemporáneos, en formas de una belleza imperecedera. Sentencias hay en cada uno de ellos que se adhieren a nuestra memoria con la lealtad inequívoca de la yedra.

No procedamos de otro modo con la lengua castellana, por lo menos en los Colegios y Universidades. Ya sé yo que no son fines literarios los que atraen esa diluvial afluencia de estudiantes de Castellano a las aulas; bien se me alcanza que hay también propósitos mercantiles. ¿Pero de cuándo acá es condición infaltable del éxito comercial la ignorancia de las letras y el estropear de la lengua en que se discuten las transacciones? El comercio tiene su base en las diferentes necesidades humanas; es un conjunto de actividades sociales, por tanto la psicología de los individuos constituye la sustancial intimidad de todo el juego. Ahora bien, el alma de pueblo se transparenta mejor en su lengua y en la flor de sus obras literarias.

No descuidemos los libros elementales de la lengua castellana que se destinan a Colegios y Universidades. Introduzcamos en ellos los clásicos del pensamiento y de la lengua castellanos. Ya que por clásicos haremos bien en comprender, con Sainte-Beuve, todos aquellos escritores viejos o contemporáneos que han contribuido o

contribuyen aún al enriquecimiento del espíritu humano, que han descubierto alguna verdad moral o adivinado un nuevo matiz de una emoción o un escondido sentimiento en el corazón del hombre y que han expresado o continúan expresando todo esto de una bella manera, propiamente suya, sin dejar de ser universal; armoniosa en sí misma; en ilación con el pasado, pero contemporánea de todas las generaciones de la especie humana.

Tal me parece que podría—quizás debería—ser el criterio de los encargados de todas estas ediciones que tan profusamente circulan en los Estados

Unidos para auxiliar el aprendizaje del Castellano. Con ello servirían los intereses espirituales de la raza cuya lengua aman y enseñan, y satisfacerían las aspiraciones intelectuales y las ambiciones de orden práctico de la generación que a tales libros se destinan. Porque al fin de cuentas más útil que esforzarse en retener lo mediocre perecedero es empeñarse en la adquisición de las excelencias de un valor inmortal.

ROBERTO BRENES MESÉN

Syracuse University. N. Y.

Una carta de Rosa Luxembourg⁽¹⁾

(Damos aquí la traducción de una carta de Rosa Luxembourg escrita durante su cautividad a Sonia Liebknecht, hermana del mártir alemán).

Wronke, 23—5—17.

...Su carta del 11 llegó en el momento en que yo enviaba la mfa. Estoy muy contenta de que hayamos renovado nuestra correspondencia y por ser hoy el día de Pentecostés, le hago presente mis votos por su dicha. «Pentecostés, la encantadora fiesta, había llegado», dice Goethe al principio de su *Reineke Fuchs*. Esperamos que en la medida de lo posible, este será para usted un día de tranquilidad. El año pasado, por esta época, hicimos las dos con Matilde, la bella excursión a Lichterirade, en la cual cogí espigas para Karl y muy hermosos ramos de abedul. En la tarde como «las tres nobles mujeres de Ravena», fuimos a pasearnos, con rosas en las manos, en la llanura de Südde... Aquí las lilas están ya en flor: hoy amanecieron los botones completamente abiertos. El calor es tan grande, que he tenido que ponerme el más ligero de mis vestidos de muselina, y el sol ha hecho que mis pájaros hayan ido cesando poco a poco de cantar. Parecen estar ocupados con la nidada: las hembras se quedan echadas, y a los machos no les basta su pico para buscar su alimento y el de la compañera. Van a hacer su nido, de preferencia en la llanura o en los grandes árboles, pues lo que es en mi jardín, no se les oye; apenas si de cuando en vez, el ruiseñor hace un llamamiento breve, el verderón pasa dando saltitos y en la tarde todavía el pinzón golpea una vez; ni siquiera veo mis abejarucos.

(1) Uno de los primeros apóstoles en Alemania de la Revolución Bolcheviki; víctima de los enemigos del Nuevo Evangelio en 1919.

Ayer, de pronto, un abejaruco azul me envió de lejos un saludo que me conmovió completamente. El abejaruco azul no es como el abejaruco carbonero, un pájaro sedentario: aquí viaja y no regresa sino al fin de mayo. Primero se posaba cerca de mi ventana y cantaba con aplicación su alegre *Zizi ba* que repetía tanto, que acababa por parecer una broma de niño mal educado. Escuchándolo, yo reía y le respondía en el mismo tono. Luego, como los otros, el abejaruco azul desapareció al comenzar mayo, para ir a hacer su nido, Dios sabe dónde. No lo volví a ver ni a oír durante varias semanas. De pronto ayer, percibí del otro lado del muro que separa nuestro patio de otro terreno de la prisión, la bien conocida vocécita, pero tan modificada, tan breve, repetida como a prisas, tres veces seguidas: *zizi ba, zizi ba, zizi ba*: luego, el pájaro calló. Mi corazón se oprimió, tanto sentía en este llamamiento rápido y lejano, toda una pequeña historia de pájaros.

El abejaruco hacía pensar con él, en la primavera, el bello tiempo de los amores, durante el cual no se hacía más que cantar y lanzarse respuestas a través de los árboles; pero ahora había que volar todo el día, cazar moscas para alimentarse y alimentar su familia; era un recuerdo, una queja:

«No tengo tiempo. Ah! sí! ¡Qué bello era entonces! La primavera toca a su fin. *Zizi ba, zizi ba, zizi ba*». Créame usted, Sonia: Un gorjeo así, de pájaro, ique significa tantas cosas! puede conmoverme profundamente. Mi madre, que guardaba la Biblia junto con Schiller, como la fuente de la más alta sabiduría, creía firmemente que el rey Salomón comprendía el lenguaje de los pájaros. Ante esta ingenuidad ma-

ternal, yo sonreía con toda la superioridad que me conferían mis catorce años y una instrucción científica muy moderna. Y ahora, heme aquí que yo misma, semejante al rey Salomón, comprendo lo que dicen los pájaros y los otros animales. Por supuesto, no tan seguramente como si ellos empleasen el lenguaje humano; sin embargo, yo distingo los matices y las sensaciones más diversas que ponen en sus gorjeos. Es sólo para el oído de un indiferente que el canto de un pájaro se repite siempre igual. Cuando se ama a los animales—y se les comprende, se encuentra una gran diversidad en la expresión de sus sentimientos: todo una lengua. El silencio mismo de este jardín, después del tumulto que reinaba en él, al principiar la primavera tiene un gran poder en mí; y yo sé que si continúo aquí durante el Otoño—lo cual es muy probable—todos mis amigos vendrán a picotear en mi ventana, el alimento que yo habré dejado allí para ellos; me regocijo de antemano de volver a ver el abejaruco carbonero con quien yo me entiendo particularmente bien.

Mi pequeña Sonia, usted se rebela contra la injusticia de mi larga detención.

«¿Cómo es—me pregunta—que los hombres puedan decidir de la suerte de otros hombres? ¿Por qué todo esto?»

Perdóneme, pero leyéndola, no pude impedirme reír en voz alta. Es porque en «Los Hermanos Karamazor» de Dostoievsky, hay una cierta señora chochlakora quien tiene costumbre de hacer preguntas completamente parecidas: después de lo cual pasea una mirada perpleja entre cada uno de los miembros de la asamblea; luego, antes que uno de ellos haya tratado de responder, ella habla ya de otra cosa. Pero chiquilla, la historia de la civilización humana, quien, según autoridades, cuenta algunas veintenas de miles de años, deacansa toda entera sobre lo que usted llama «el hecho de que hombres puedan decidir de la suerte de otros hombres»—hecho que tiene profundas raíces en las condiciones materiales de la existencia. Hay una evolución lenta y dolorosa que trabaja por modificar tal estado de cosas; somos en el momento actual pruebas vivientes y torturadas de esta evolución, y usted me pregunta: «¿Por qué todo esto?»

Por otra parte, el *por qué*, es una noción irreductible en el conjunto de la vida y de sus formas. ¿Por qué hay abejarucos azules en la tierra? No sé nada de ello, pero soy feliz de que los haya, y es para mí una dulce consalación, el oír de pronto volar hacia mí, por sobre el muro de mi prisión, un *zizi ba*.

Por lo demás, usted exagera «mi

serenidad». Mi equilibrio interior y mi tranquilidad moral se desvanecen a la aproximación de la más leve sombra, y sufro entonces de una manera inefable por no poder dar libre curso a mi dolor; en esos momentos, mi pequeña Sonia, ni una palabra de él puede franquear mis labios. Por ejemplo, en estos últimos días yo estaba tranquila y dichosa, me regocijaba al sol, cuando de repente, el lunes, una verdadera tormenta se apoderó de mí, y en un instante mi radiosa serenidad cedió el lugar a una profunda desesperación. Y bien podría el reposo de mi alma estar delante de mí, que de mis labios no saldría sonido alguno y apenas con una mirada silenciosa podría dar una idea de la extensión de mi pena.

Es verdad, que raras veces trato de hablar, y durante semanas yo no oigo el sonido de mi propia voz; así he tomado el partido heroico de no hacer venir aquí a Mimi; el animalito está acostumbrado al movimiento, a la vida; él gusta de verme cantar, reír,

perseguirlo a través de las habitaciones y aquí se pondría melancólico. Por esto, lo he confiado a Matilde. Matilde vendrá a visitarme uno de estos días y yo espero desquitarme entonces. Quizá Pentecostés será para mí «la encantadora fiesta» de que habla Goethe.

Mi pequeña Sonia, tranquilícese, no se inquiete: tiempos mejores vendrán, créame; un recuerdo afectuoso a Karl. La abrazo mil veces.

Su
ROSA

(Extracto de *Las Cartas del Cautiverio*).

Tomado de *Clarté*. Traducido especialmente para EL REPERTORIO AMERICANO, por Carmen Lira.

AL remitirnos esta carta, nos dice Carmen Lira: «Cuando la leí me conmovió mucho. ¿Verdad que parece increíble que en torno de esta alma adolorida puedan revolotear pensamientos tan dulces y sencillos?»

CÓMO SE DEFIENDE UN PUEBLO VIRIL

Proyecto de emisión de bonos por valor de \$ 10.000,000.00 a cargo de la República Dominicana

Este proyecto del Gobierno Militar es violentamente impugnado por el pueblo dominicano

LA *Gaceta Oficial* de Santo Domingo, República Dominicana, consignó en su edición del 5 de diciembre como una partida de egresos del presupuesto anual de aquel país, la suma de \$ 800.000 para pagar la primera anualidad de una emisión de bonos de 1921, valor de 10 millones de pesos.

Esta noticia ha producido en el pueblo inmediata y viva protesta. El pueblo no quiere que se aumente la deuda y desconoce la facultad del Gobierno Militar para aumentarla. Toda la prensa ha reprobado en tonos enérgicos, el proyecto de tal emisión. El Congreso de la Prensa telegrafió el mismo día 5 de Diciembre al Presidente Henríquez lo siguiente: «*Gaceta Oficial* circulada hoy, consigna 800 000 dólares para pagar intereses sobre una emisión de bonos de 1921 en proyecto, ascendente a diez millones. Congreso Prensa requiere de Ud. en su calidad de Presidente Constitucional de la República Dominicana, declarar ante Ejecutivo, Senado, Prensa Americana, incapacidad régimen interventor para

crear deudas o contratar empréstitos a nombre de la República Dominicana, violando Convención Dominico-Americana, leyes internacionales».

La cláusula tercera de la Convención de 1907 concertada entre los gobiernos dominicano y americano para garantizar el pago de la deuda exterior de la República Dominicana, establece: «que mientras no haya sido pagada la deuda que esa misma Convención garantiza, el Gobierno Dominicano no podrá aumentar su deuda pública sin el consentimiento del Gobierno de los Estados Unidos.»

Basándose en que la República Dominicana había violado esa cláusula, por haber aumentado su deuda pública, la que resultaba no de empréstitos sino de déficits de los presupuestos, el gobierno americano decidió y llevó a cabo la intervención militar en aquel país en 1916. Con esa intervención fué destruido el gobierno nacional de dicho país y el pueblo sometido al ejercicio de la ley marcial. Un entendido minucioso de la situación financiera llevada a cabo por el Go-